

El español como lengua de la ciencia y de la medicina

M^a Amparo Alcina Caudet

Departamento de Traducción y Comunicación
Universidad Jaime I, Castellón (España)

Lengua y variedades de uso

Hablar del español como lengua de la ciencia y de la medicina implica la existencia de distintas variedades del español. Efectivamente, el español, al igual que otras lenguas, no se presenta como una lengua homogénea e idéntica en todas las ocasiones, y no es indiferente a la situación en que se usa, el tema del que se habla, la condición social del hablante o su procedencia geográfica. Saussure¹, considerado el padre de la lingüística moderna, distinguió los conceptos de *lengua* y *habla*. La lengua es un concepto abstracto que abarca el conocimiento gramatical que comparten los hablantes de una comunidad lingüística. El habla es la realización particular que cada individuo hace de la lengua. El objeto de estudio de la lingüística estaría constituido por la lengua, y no por el habla.

Más adelante, Coseriu introdujo el concepto de *norma*. El sistema abstracto de reglas gramaticales de una lengua puede permitir gran número de realizaciones particulares, pero no todas esas posibilidades se llevan a la práctica. Coseriu ponía el ejemplo de la palabra *oidor* que no tiene realización en español a pesar de ser perfectamente posible en el sistema lingüístico; en cambio, el español ha preferido la palabra *oyente*, que es la que se utiliza. El conjunto de realizaciones comunes a todo un conjunto de hablas individuales constituye la norma.

Naturalmente, existen diferentes normas o variedades en una lengua. Estas variedades se pueden clasificar según el motivo que las origina en:

1. Variedades diatópicas o dialectos: el habla de los individuos de una determinada zona geográfica comparte una serie de rasgos lingüísticos (fonéticos, sintácticos, léxicos o de otro tipo) que les distinguen de los hablantes de otras zonas geográficas. Por ejemplo, el español de Filipinas, el de Buenos Aires o el de Madrid.
2. Variedades diafásicas o registros: un hablante puede utilizar una variedad de lengua diferente según la situación social en que se encuentra. Así, se puede distinguir entre registro familiar, registro didáctico, registro literario, registro vulgar, etc.
3. Variedades diastráticas: se trata de variedades de la lengua que aparecen en determinados ámbitos sociales. Son, por ejemplo, las jergas y los sociolectos. Las jergas tienen como característica que los miembros de ese grupo social pretenden crear un distanciamiento frente a aquellos individuos que no pertenecen a su grupo (por ejemplo, el lenguaje de los adolescentes, el de los presos). Los sociolectos son variedades de la lengua determinadas por la estratificación de la sociedad en distintos grupos, que puede ser más o menos rígida según el caso.

Los lenguajes de especialidad constituyen un tipo de sociolecto determinado por las necesidades de comunicación en el ámbito de una profesión. Hoffmann define así el lenguaje de especialidad: «Un lenguaje de especialidad es el conjunto de todos los recursos lingüísticos que se utilizan en un ámbito comunicativo –delimitable en lo que se refiere a la especialidad– para garantizar la comprensión entre las personas que trabajan en ese ámbito».

Estas necesidades de comunicación particulares en cada ámbito profesional favorecen la aparición de una serie de rasgos lingüísticos de tipo pragmático, funcional y lingüístico que diferencian los lenguajes de especialidad de otras variedades de la lengua. A continuación, se analizan las características del lenguaje de especialidad que nos ocupa: el lenguaje científico.

El lenguaje científico

Desde el punto de vista pragmático, el lenguaje científico se distingue porque su temática se refiere a un campo concreto del saber, porque los interlocutores o usuarios son especialistas o profesionales de ese campo del saber y porque la situación comunicativa está relacionada con su profesión. La consecuencia inmediata de ello es, desde el punto de vista lingüístico, el uso de una terminología específica. No se trata sólo de que los vocablos utilizados resulten extraños a un hablante lego en la materia, sino también que el significado de esos vocablos es preciso y objetivo. En cambio, el significado de los vocablos del lenguaje común suele ser más ambiguo y está impregnado de connotaciones subjetivas.

Desde el punto de vista funcional, el objetivo que se persigue al utilizar el lenguaje científico es el de ofrecer e intercambiar información objetiva sobre una materia concreta, frente al objetivo general del lenguaje común, en el que los hablantes buscan principalmente la interacción social, la afectividad. Ello condiciona que en el discurso aparezcan elementos lingüísticos que dan lugar a estructuras como la definición, la clasificación, la enumeración, el cálculo, el razonamiento, la argumentación o la cita, frente a otras variedades del lenguaje común en las que predominan otros tipos de discurso, como la narración, el diálogo, la interrogación.

El desarrollo de la ciencia y la técnica ha motivado la evolución de los lenguajes naturales de modo que permitan comunicar los avances que se hacen y explicar los descubrimientos que se producen. Cada campo del saber ha ido profundizando paulatina o velozmente sus conocimientos, configurando su terminología y desarrollando los recursos lingüísticos que le permiten comunicar sus hallazgos. Ese creciente desarrollo de los lenguajes de especialidad ha conllevado que empiecen a ser estudiadas sus características específicas. A diferencia de, por ejemplo, el lenguaje literario, que ha sido la variedad más estudiada históricamente,

los lenguajes de especialidad no cuentan con un estudio teórico tan profundo y detallado hasta épocas recientes. El estudio de los lenguajes de especialidad ha de resultar muy provechoso para la enseñanza de lenguas para fines específicos, la traducción y la lingüística computacional (con sus aplicaciones de traducción automática, tratamiento automatizado de la información, resúmenes), por citar algunos ejemplos.

¿Una lengua para la ciencia?

Los filósofos y los científicos han defendido en ocasiones que el lenguaje natural es enemigo de la ciencia. Puesto que el lenguaje se ha formado para expresar y transmitir emociones, necesidades y percepciones humanas, resulta insuficiente para expresar y transmitir el conocimiento cuando éste alcanza un cierto grado de abstracción. De ahí que en los siglos XVIII y XIX se dieran algunos intentos de crear un lenguaje artificial y puro, capaz de condensar el conocimiento científico. Pero estos intentos no llegaron a puerto alguno.

En otras ocasiones, lingüistas y no lingüistas han defendido que no todas las lenguas tienen capacidad para comunicar la ciencia. De modo que habría lenguas «complejas», capaces de captar y representar pensamientos abstractos, mientras que otras, las lenguas «primitivas», estarían incapacitadas para comunicar la ciencia. La distinción entre lenguas primitivas y no primitivas es absolutamente subjetiva y carece de fundamento desde el punto de vista lingüístico. Toda lengua natural, por el hecho de serlo, dispone de un léxico y de una gramática, es decir, de una serie de reglas que permiten combinar fonemas, morfemas y estructuras que pueden dar lugar a infinitas estructuras complejas que permiten transmitir cualquier tipo de conocimiento. El hecho de que unas lenguas nos resulten más difíciles de aprender que otras no es una característica intrínseca de las lenguas en sí mismas, sino más bien de la proximidad o del parentesco que guarde la lengua desconocida respecto a nuestra lengua materna u otra que hayamos aprendido ya.

Puesto que las lenguas son un instrumento de comunicación que sirve a los intereses de una comunidad determinada, la existencia de ciertos recursos sintácticos, léxicos o discursivos dependerá de la necesidad de crearlos o de usarlos dentro de esa comunidad. El hecho de que, en un momento determinado de la historia, una lengua no disponga de ciertos recursos no impide que éstos se puedan desarrollar cuando sean necesarios. Mientras una lengua sea una lengua viva, tendrá posibilidades de crecer, de ampliar su vocabulario, de consolidar y enriquecer sus estructuras sintácticas y discursivas, y también de ampliar las variedades que puede presentar. Toda lengua dispone de recursos para crear nuevas palabras, si es que necesita referirse a conceptos que le eran desconocidos hasta ese momento, y de recursos sintácticos y discursivos para expresar cualquier idea por compleja que sea. Ahora bien, si una lengua carece de individuos que la hablen de un modo natural o si se encuentra en fase de retroceso o desaparición, bien porque el número de hablantes sea escaso o vaya en descenso (el caso de algunas tribus indias en Estados Unidos), bien porque conviva en el mismo territorio con otra lengua que goce de mayor prestigio social, resultará difícil que se produzca ese crecimiento, a no ser que se aplique un especial esfuerzo de planificación lingüística para recuperarla. A este respecto, Bernárdez² nos ofrece una detallada descripción de las lenguas en fase de desaparición.

En resumen, no hay razones lingüísticas para defender que una lengua sea mejor que otra para expresar el conocimiento científico, ni tampoco es posible defender que alguna lengua no tenga la capacidad de hacerlo. Son la historia y la evolución de las lenguas las que determinan que en un momento determinado una lengua esté preparada o no para llevar a cabo una determinada función. Del mismo modo, tampoco hay ninguna razón de índole lingüística para defender que el inglés tenga características especiales que lo hagan especialmente útil para la comunicación científica. Si el inglés se ha convertido en la lengua vehicular del siglo XX, la causa debe buscarse en razones históricas, políticas, económicas o de otro tipo.

El inglés: una lengua vehicular

Hacia mediados del siglo XIX surge la preocupación por la lengua entre los científicos y filósofos. Hasta mediados del siglo XX, el alemán, el inglés y el francés funcionaron como lenguas vehiculares, es decir, como lengua auxiliar para todo aquel que necesitara una comunicación internacional, debido a que era también en esos países donde se llevaba a cabo la mayor producción científica. Cada vez son más las naciones europeas que se unen a la comunidad científica, y se teme que la multiplicidad lingüística actúe como una barrera que impida conocer los avances producidos en las distintas naciones. Tras la II Guerra Mundial, el inglés se convierte en la lengua vehicular o lengua franca. Dos razones parecen ser las principales causantes de esta situación. La primera, que en Estados Unidos se realiza la mayor parte de la investigación científica. Los investigadores que quieren estar al tanto de los últimos acontecimientos en el mundo de la ciencia deben conocer y leer, en inglés, la difusión que se realiza de estos avances. La segunda, que en Estados Unidos están localizadas las mejores empresas de documentación que se ocupan de recopilar la información científica, de elaborar los repertorios bibliográficos y de obtener estadísticas acerca del impacto de las revistas científicas de un buen número de áreas de conocimiento. Cuando un investigador se interesa por un tema específico de su área de conocimiento, la forma más rápida y eficaz de conseguir información actualizada es consultar esas bases de datos.

Estas empresas intentan, teóricamente, recopilar la información científica mundial, pero en la práctica tienen un sesgo muy importante hacia las revistas escritas en lengua inglesa. En consecuencia, si un científico quiere que su investigación sea conocida mundialmente por otros colegas de su especialidad, necesita que sus descubrimientos sean difundidos en revistas con un alto índice de impacto, y para ello es importante que su artículo esté escrito en inglés y que sea publicado por una revista científica que esté incluida en las bases de

datos estadounidenses. De ese modo se asegura de que su artículo no será sólo conocido por aquellos en cuyas manos caiga la revista, sino que podrá ser conocido por cualquiera que acceda a la base de datos y acceda a alguna de las palabras clave con que sea codificado el artículo. Pese al afán de algunos investigadores por conservar la lengua española como lengua de difusión de sus conocimientos, en ocasiones resulta imposible frenar esta inercia imparable que lleva al uso de una lengua vehicular ajena a la lengua materna. El mismo Ramón y Cajal tuvo que desistir de su empeño en publicar la revista de su Instituto en español y pasó a publicarla en francés, pese a su conocida apasionada defensa del idioma español.

Perspectivas para el español como lengua de la ciencia

A lo largo de la historia, diferentes lenguas han funcionado como lenguas vehiculares y, hoy día, su existencia se nos presenta como una necesidad, pero también como una amenaza. Sin embargo, su existencia no es un problema en sí mismo. Si resulta útil para la comunicación internacional y favorece el intercambio científico, no hay razón para oponerse o frenar la preponderancia de una lengua que en un momento histórico determinado funciona como lengua vehicular. El problema, en cambio, es que la lengua vehicular actúe sobre las lenguas nacionales despojándolas de una parte importante de ellas mismas: sus lenguajes de especialidad. El hecho de que los científicos dejen de escribir en su lengua materna, en nuestro caso en español, hace peligrar la existencia de los tipos de discurso generados por esta variedad lingüística, como la argumentación o la exposición, e impide la innovación léxica en el vocabulario de una especialidad. La falta de adecuación entre la lengua y las necesidades comunicativas de una comunidad

puede tener consecuencias negativas en la accesibilidad a la ciencia por parte de los encargados de transmitir los conocimientos al público en general o a los estudiantes que pretenden formarse en una especialidad (profesores de distintos niveles escolares, periodistas, etc.).

Para que el equilibrio interno del español no se rompa o su variedad de lenguaje científico no desaparezca es necesario tomar medidas tanto por parte de la comunidad científica (organización de congresos, seminarios, reuniones, etc. en los que la lengua oficial sea el español; reclamar de los organismos internacionales la elaboración de sus informes en español, incrementar la presencia de las revistas científicas en español en las bases de datos bibliográficas y en las bibliotecas de países de habla no hispana, incrementar la presencia de la cultura científica en español en Internet, etc.) como de parte de las instituciones encargadas de la defensa del español (promover la elaboración de terminologías, el desarrollo de las industrias de la lengua para el español, ofrecer formación lingüística y terminológica a científicos y especialistas en lenguas, fomentar la presencia del español en Internet, etc.), tal como señala Rasmussen³.

Bibliografía

1. Saussure F de. Curso de lingüística general. Madrid: Akal, 1980.
2. Bernárdez E. ¿Qué son las lenguas? Madrid: Alianza, 1999.
3. Rasmussen A. À la recherche d'une langue internationale de la science, 1880-1914. En: Chartier R, Corsi P (eds.). Sciences et langues en Europe. París: Centre Alexandre Koyré, 1996.
4. Gutiérrez Rodilla BM. La ciencia empieza en la palabra. Análisis e historia del lenguaje científico. Barcelona: Península, 1998.
5. Hoffmann L. Llenguatges d'especialitat. Barcelona: Institut Universitari de Lingüística Aplicada, 1988.

Reproducido con autorización de *Médico Interamericano* 2001;20:30-32. [<http://www.icps.org>]